

Fernando Lázaro Carreter

Querido Miguel:

Hasta hoy, no he terminado de leer tu novela. Como te dije, se me habían acumulado las urgencias, entre ellas, dos compromisos editoriales importantes que me han amargado las Navidades, cumplidos con tres viajes a Zaragoza, donde mi madre está pasando una grave enfermedad, de la que parece ir saliendo.

El remate de la lectura me ha confirmado lo que te anticipé: has escrito una de tus mejores obras, y, por supuesto, el mejor testimonio de ti que has dado nunca. (Buena parte de mi entusiasmo se debe a mi identificación con él, con tu visión de la guerra y tu análisis admirable del heroísmo).

Son, en rigor, tres novelas - podrías haberlo sido -, pero de unión necesaria, puesto que las tres se implican. En la primera, está ese mundo de misas y ritos, y de humor, que constituye tu gran hallazgo en relatos anteriores. Después, la preparación y comienzo de la tragedia, que, por haberlas leído, me ha emocionado por su exactitud. Por último, lo épico visto por ojos críticos; a veces se ha hecho, pero con un sarcasmo que tú has estado, y que, por eso, resulta más penetrante.

Has escrito, además, una prosa admirable; resalta en ella tu destreza artística para



(A. R. R.)
joven adjectivo junto a nombres, en comparación insólita: esa destreza que Paco Umbrel, como sabes,
elige como prueba de la calidad de la prosa. Hay páginas que son un verdadero gozo para quien
sienta que el idioma es la primera condición del espíritu. Sólo he hallado un par de motivos de
disensión: "problemas motrices" (pp. 38) - este adjectivo es femenino - ; y "lo prendió fuego" (pp. 93), con
loísmo vallesolano. Y una duda: ¿se empleó la bandera bicolor en los primeros días del abe-
minis! (225). En Zaragoza no ocurrió así hasta fines de julio, en que desfilaban con ella
los regueros unidos de Pamplona.

En fin, enhorabuena, querido Miguel, por tu reciente maestría.
Que el Sr. Nuevo os sea propicio a ti y a los tuyos, y un abrazo fuerte de

J. Larra

2. I. 1988